IV

EN EL QUE EL PROCURADOR IMPERIAL COMIENZA A CREER EN LA EXISTENCIA DEL REY MISTERIO

Dos hombres, ambos de edad avanzada, grueso el uno y descarnado el otro, hicieron su entrada en el salón llevando las cabezas inclinadas y sendas carteras bajo el brazo. El grueso, Eugenio Mortemart, era uno de los notarios más ricos, y conocido por su numerosa clientela reclutada entre lo más granado del Faubourg Saint Germain. Su acompañante, Juan José Bisson, era escribano en la Audiencia de lo criminal del Sena, y hombre de carácter alegre y exuberante cuando no se hallaba en el ejercicio de sus delicadas funciones. En el momento de penetrar en el salón, tanto él como el obeso notario parecían cohibidos y como pesarosos de encontrarse en aquel sitio, y sobre todo de que en él les vieran otras personas. Grande fué el asombro de ambos al reconocer entre los allí reunidos, nada menos que al procurador imperial, quien á su vez hubo de asombrarse al oir que sus an-

tiguos conocidos los señores Mortemart y Bisson ostentaban los títulos de notario y escribano del rey respectivamente.

— ¿Pero qué es esto? — exclamó Sinnamari. ¿Qué significa todo esto, amigo Mortemart?... Y usted, ¿qué hace usted aquí, señor Bisson?

El notario fué el primero en contestar.

— Pues yo, señor procurador imperial, he sido llamado aquí por uno de mis clientes

— ¡Cómo! ¿El rey Misterio es cliente de usted?

— Sí, señor procurador.

— No ignoraba yo que entre su clientela figuraban algunas testas coronadas...

— Me enorgullezco en efecto, — dijo Mortemart — de tener como clientes á la reina de Inglaterra, al rey de Suecia, al de Iliria...

— Pero me parece que no estarían muy satisfechos si se enterasen de que sus protocolos se codean con el del rey Misterio; — concluyó el procurador imperial.

— Harían muy mal en enojarse. Como notario me debo á todos aquellos que reclaman el ejercicio de mi ministerio; — dijo con unción el obeso funcionario.

— ¿Hace mucho tiempo que lo tiene usted por cliente?

— ¿A quién?

— Al rey Misterio.

— No mucho. Un año, sobre poco más ó menos.

— ¡Un año! — gritó Sinnamari. — Un año ya, y nada ha dicho usted á la policía; ni siquiera á mí que soy su amigo.

Mortemart se encogió de hombros.

— El secreto profesional — dijo — nos obliga á ser mudos hasta con los más íntimos allegados.

— Excusas de mal pagador; — repuso Sinnamari. — Tratándose de malhechores no hay secreto profesional que valga.

Y como si hablase consigo mismo, el procurador imperial continuó :

— De modo que ese hombre existe... Dixmer tenía razón, estaba en lo cierto... ¡En nuestra época! vamos, si parece imposible.

Volviéndose de pronto hacia Mortemart le preguntó :

— ¿Usted lo ha visto?

— Naturalmente.

— Lo que se llama ver. . con sus propios ojos?

— Como le estoy viendo á usted; — suspiró el notario.

— Pues por mucho que se sorprenda al saberlo el prefecto de policía, no ha de sorprenderse más que yo.

Conviene decir aquí que el prefecto había negado públicamente la existencia del misterioso personaje de quien la fantasía popular hubo de hacer un héroe de leyenda, especialmente al hacerse público que se había inscrito por 100.000 francos en la suscripción abierta á beneficio de las víctimas del terrible invierno de 186... Dicha generosidad fué atribuida por las autoridades á un banquero deseoso de hacer el bien sin dar su nombre, y los periodistas recibieron orden de hacer el silencio acerca de un hipotético personaje cuya existencia no podía admitirse sin poner en ridículo á las autoridades en general y á la policía en particular.

De ahí que Sinnamari, convencido casi por completo de que el rey Misterio no era un mito, sino un hombre hecho y derecho, se creyese en el caso de mostrarse enfurecido.

— ¡Y tiene su notario! — decía — ¡Y su escribano! Pero todo eso no nos dice su nombre ¿Cómo se llama? vamos á ver; ¿quién es ese hombre?

Y Sinnamari, vuelto hacia el notario, parecía esperar la respuesta de éste.

— ¡Usted debe saberlo! — gritó con aquella su voz amenazadora que hacía temblar acusados y testigos en los pretorios.

Mortemart tembló también, pero sin clarearse se limitó á contestar ambiguamente :

— Claro que lo sé; figura en los contratos.

— ¡Cómo! ¿Ese hombre tiene la audacia de firmar contratos?

El notario inclinó la cabeza en señal de afirmación.

— ¿Pero qué contratos son esos? continuó preguntando el procurador cuyas pupilas dilatadas expresaban toda la estupefacción de que se hallaba poseído. — ¿Qué clase de actas levanta usted, requerido por un individuo como ese?

— Actas...

— Que no pueden tener ningún valor ni efecto; demasiado lo sabe usted... de modo que todo esto no es más que una comedia.

— ¡Ah, no, eso sí que no!... Usted me conoce bien, señor procurador, y sabe que soy incapaz de dar fe de lo que no es legal, y de levantar indebidamente un acta. Los contratos en que interviene mi cliente son válidos puesto que son morales.

— ¿Conque morales, eh?

Completamente morales. Más aún, la moralidad es la nota dominante en ellos.

Dicho esto el notario tomó asiento, como si quisiera significar que por su parte daba por terminado el interrogatorio.

Así debió comprenderlo Sinnamari, quien se volvió hacia Bisson, muy ocupado en tocar el tambor con los dedos en su abultada cartera.

— Y usted señor Bisson, — le dijo — ¿ no era usted escribano de la audiencia del Sena?

— Sí, señor procurador.

— ¿Y sigue usted siéndolo?

— Como siempre.

— Me pareció haber oído que ahora era usted escribano del rey.

— Así es en efecto, señor procurador, pero á ratos perdidos nada más; en mis momentos de ocio.

Dicho esto, el señor Bisson levantó cuidadosamente los faldones de su levita, y se sentó á su vez, como si le postrara el cansancio.

Era tan cómica la expresión de la fisonomía del procurador imperial, solicitado en aquel momento y después de oir á los dos hombres de ley, por la consternación y por la sorpresa, que las dos mujeres prorrumpieron en sonora y franca carcajada.

— Por mi parte, — dijo Filiberto Wat, el yerno del presidente del consejo que hasta entonces permaneciera callado, — me alegro mucho de saber que ese hombre existe, y me alegraré aún más de que llegue cuanto antes.

— ¿Le corre á usted mucha prisa el verle? — preguntó Sinnamari.

— ¡ Mucha! como que debe entregarme veinticinco mil francos que le he ganado esta noche al conde Teramo-Girgenti en el Gran Círculo.

— ¿Conoce usted al conde Teramo-Girgenti? Por lo visto está en París...

— Desde hace ocho días.

— Celebro saberlo, porque he recibido una carta del príncipe de Toledo, presidente del Congreso, en la que me lo recomienda muy particularmente.

— Pues ya tendrá usted ocasión de verlo; — dijo Wat. — Por ahora anda muy ocupado en poner casa. ¡Si viera usted qué muebles ha adquirido!... Ya lo celebraremos, porque el hombre es espléndido de veras.

— ¿Y conoce al rey Misterio? Vaya, hombre, vaya; ¿qué me cuenta usted?

— La verdad, amigo mío, la pura verdad. Entre esos dos hombres hay sin duda comunidad de intereses puesto que el rey Misterio se encarga de pagar las deudas del conde Teramo-Girgenti.

— ¡ Es increíble ! — afirmó el procurador.

— Todo cuanto al conde se refiere parece increíble; — seguía diciendo Wat. — Es el ente más original que darse pueda. Figúrase usted que me ha asegurado muy formal que encuentra París cambiadísimo, y que ha variado mucho desde la última vez que estuvo aquí.

— Si ya hace tiempo de eso...

— ¡Una friolera! Desde el día del asesinato de Enrique IV.

— ¿Se burla usted de nosotros, señor Wat?

— ¡Dios me libre hasta de pensarlo! En todo caso el burlón será el conde. El es quien me ha dicho lo que acabo de repetir.

— ¡Tal vez se trate de un brujo! — dijo, entre alegre y temerosa, Marcela Féraud. Y añadió enseguida palmoteando ruidosamente :

— ¡Sí que vamos á estar favorecidos! Nada menos que un rey y un brujo en nuestra compañía...

— Ya tenemos á Marcela entusiasmada; — exclamó el pintor Raúl Gosselin. — La cosa no es para menos. Todo un José Bálsamo, un Cagliostro que vuelve á París, expresamente para divertirnos...

— No; — interrumpió Wat. — No se trata de Bálsamo. Si el conde de Teramo-Girgenti supiera que le compara usted con el héroe de Dumas, abandonaría París inmediatamente. No puede usted figurarse cuán extremada es su susceptibilidad.

— ¿De veras?

— Y tan de veras. Y ahora sepa usted que entre Bálsamo y el conde hay una gran diferencia. El primero no podía morir, y por eso contaba un número de años incalculable; en cambio mi amigo Teramo-Girgenti sabe muy bien los que tiene : setenta.

— En ese caso, — dijo la actriz contrariada — no puede haber conocido á Enrique IV.

— Pues se equivoca usted; — contestó Wat con tal seriedad que provocó la risa de todos los presentes. — Fueron, segun él, grandes amigos. Lo que hay es que el conde ha muerto y vuelto á nacer desde entonces diferentes veces.

— ¡Ah, vamos!

— Asegura que posee el secreto de resucitar cuando le conviene. Y en esto se diferencia de Cagliostro quien como ustedes han leído no podía morir...

En este instante abrióse con estrépito la puerta y por ella penetraron dos lacayos empujando rudamente á un hombre que llevaba los ojos vendados y obstruída la boca por una mordaza. Por otra puerta entró á su vez el servidor que poco antes recogiera el sombrero del procurador imperial, hizo una seña á los lacayos, y éstos se apresuraron á quitar la venda y la mordaza á su prisionero.

V

EL SERVICIO DEL REY

— ¡Regine! — exclamaron á un tiempo mismo Sinnamari, Gosselin y Eustaquio Grimm, mientras Filiberto Wat acariciaba gruñendo su hermosa y dorada barba.

Por su parte el recién llegado, que al verse libre pretendió castigar á los lacayos, aunque inútilmente, pues éstos se apresuraron á desaparecer, contemplaba asombrado á sus amigos.

— ¡Vosotros aquí!... ¿Cómo habéis venido? Yo me creía víctima de una emboscada.

— Y puede que lo sea; — dijo Sinnamari adelantándose. — Nosotros no sabemos aún á qué atenernos.

— Pues yo, por mi parte, no sé mucho más. He aquí lo único que puedo deciros.

Regine, militar retirado, contó entonces que hallándose aquella misma noche en el teatro, en la Comedia Francesa, habíase presentado á él, durante uno de

los intermedios, un señor que le dijo llamarse Finot, ser capitán del ejército, y amigo íntimo de Marage, que á su vez lo era de Regine. Como Finot y Marage debían cenar juntos una vez terminado el espectáculo, en compañía de mujeres alegres y hermosas, el primero invitó á Regine quien se apresuró á aceptar con tanto más motivo cuanto que deseaba vivamente reanudar sus relaciones con su antiguo camarada Marage, á quien no había vuelto á ver desde mucho tiempo antes. Terminó el espectáculo, salieron del teatro, y de pronto, cerca del mismo coliseo, habíase visto sorprendido por cuatro hombres que amordazándole rápidamente le hicieron entrar en un coche allí apostado. Tres entraron con él en el vehículo, ocupando el cuarto un sitio junto al cochero. Desde la media noche hasta las cuatro de la madrugada rodaron en silencio por las avenidas del Bosque de Bolonia.

— Y aquí me tienen ustedes, — concluyó Regine, — extrañadísimo de lo que me ocurre, pero encantado al verme entre amigos, y sobre todo de que termine satisfactoriamente una aventura cuyo fin se me antojaba que había de ser trágico. ¿Pero quieren ustedes decirme dónde estamos? ¿Qué restaurant es este?

— Amigo mío, — dijo el Procurador de la República — estamos sencillamente en la plaza de la Roqueta.

— ¿Será posible? — exclamó admirado Regine; — ¡un lujo como este en la plaza de la Roqueta!

— La duda no es permitida; — dijo Sinnamari levantando un visillo de la ventana.

Precipitóse Regine para mirar é interrogó de nuevo.

— Sí, no hay equivocación posible... Pero, ¿qué es lo que hay enmedio de la plaza?

— La guillotina, amigo mío, la guillotina.

— ¡Cómo! ¿Es que hay ejecución esta mañana?

— ¡Ya lo creo! ¿Te has olvidado ya de Desjardies?

Al oir estas palabras, el semblante de Regine adquirió palidez cadavérica. Tan intensa era su emoción que hubo de apoyarse en el respaldo de una silla para no caer al suelo.

El Procurador lo advirtió.

— ¡Pues no te produce poco efecto la guillotina! — dijo sonriendo. — Después de todo no es más que un instrumento de acero... Y tú eres militar, qué diablo.

— Prefiero ver un sable, — dijo Reginê procurando reponerse y dar á sus palabras cierto tono de despreocupación.

— La guillotina es nuestro sable. Procura no hablar de ella con desprecio si en algo tienes mi amistad. Por lo demás, — añadió Sinnamari golpeando con familiaridad el hombro de Regine, — no hay porqué emocionarse. Ría cuanto quiera el que haya pretendido burlarse de nosotros. Pero bueno será que se dé prisa, porque le aseguro que no ha de reir mucho tiempo.

Digamos aquí, brevemente, que Regine, á quien el Procurador de la República trataba como á un antiguo camarada, era un hombre de elevada estatura y marcial prestancia, á quien debió sentar bien el militar uniforme. Su cara, de facciones regulares, era en conjunto agradable, gracias á la boca, pequeña y ornada de fino bigote que seguía siendo rubio, y á

los ojos, de mirada algo fría pero cínica. En la comisura de sus labios aparecía como estereotipada cierta sonrisita de escepticismo que constituía la característica de aquella fisonomía expresiva. Era, en fin, lo que se llama un buen mozo. Contábanse de él numerosas galantes aventuras, en las que la crónica escandalosa complacíase en atribuirle papel principalísimo. Sin embargo, en el momento en que lo presentamos á nuestros lectores, el ex-coronel Regine, sea por las humillaciones por las que acababa de pasar, sea porque la inesperada visión de la guillotina le hubiese impresionado, no tenía en verdad el aspecto de un héroe legendario.

— Por lo que respecta á Marcela y á mí — dijo Gosselin aprovechando el silencio que siguiera á las últimas palabras de Sinnamari — la cosa no puede ser más sencilla. Mientras cenábamos en la *Maison Dorée* nos llevaron una esquela invitándonos á cenar de nuevo *en casa de un amigo*, plaza de la Roqueta. Como en el papelito se decía que esta noche sería ejecutado Desjardies, Marcela quiso venir. Ella no ha visto nunca una ejecución capital. Además, estaba intrigadísima, porque nuestro anónimo comunicante, que yo creí sería algún compañero, tuvo buen cuidado de advertir que deberíamos dar cinco golpecitos á una puerta, pronunciar dos letras misteriosas R. C., bajar á los subterráneos, como en los dramones de 1830, y qué sé yo cuantas cosas más. Realmente, había motivo para sentir curiosidad.

— Y había otra cosa que te callas, no sé porqué; — interrumpió Marcela, que sentada ante la chimenea presentaba al fuego sus pies diminutos calzados de

elegantes botinas. — Otra cosa que se relaciona con las iniciales R. C.

— ¡Ah, sí! Figúrense ustedes que la otra noche durante un descanso en el ensayo de *Los Mártires*, subió Marcela á su cuarto y se lo encontró lleno de flores, pero de las flores más hermosas del mundo... ¡Y cosa extraña! En el tocador, delante del espejo, aparecía un ramito de violetas, de esos que venden á diez céntimos, colocado encima de una tarjeta extraña como la que les enseñé hace un momento. ¿Quién pudo dejar allí las flores raras, el ramillete humilde y la tarjeta inquietante? Nadie lo sabía. No hemos podido averiguarlo.

— Y usted, Grimm, ¿cómo ha venido usted á este sitio? — preguntó Sinnamari.

Todas las miradas volviéronse entonces hacia el hombre gordo que hasta aquel momento no había dejado oir el sonido de su voz.

— Comenzaré por enterar á ustedes, — dijo — de que en este momento ocurren en la Asistencia Pública cosas verdaderamente increíbles. Un libro de contabilidad de los más importantes ha desaparecido de allí sin que nadie sepa cómo; y en el sitio que ocupaba ese libro se ha encontrado, trazadas con tiza, esas dos letras misteriosas R. C. Pues no es eso todo. Tres empleados superiores, que no dieron nunca el menor motivo de queja me presentaron anteayer su dimisión. Todo lo que he podido sacar en claro después de mucho preguntarles, es que se iban á causa de R. C. ¿Sorprendente, verdad? Pues aun hay más. Una mujer embarazada á quien no fué posible admitir en la Maternidad por exceso de enfermas,

volvió poco después con una recomendación *urgente*, que decía sobre poco más ó menos: « Admítase en el acto en la Maternidad á la dadora, que debe dar á luz esta noche.

Orden de R. C. »

— ¿Y fué admitida?

— Sí: porque la firma R. C. iba avalorada con el dictamen facultativo y la recomandación del profesor Carier y del cirujano Brandt.

— Sí que es extraordinario.

— ¿Verdad?

— ¿Pero Carier y Brandt conocen á R. C.?

— ¡Qué han de conocerle! Ellos no conocen más que á un caballero que se les presentó acompañando á la embarazada y que les pagó dos luises por la consulta. Por eso, cuando al abrir mi cartera esta tarde encontré un papelito firmado R. C. en el que se me invitaba á presenciar aquí la ejecución de Desjardies, me apresuré á ponerme en camino. No era cosa de desperdiciar la única ocasión que se me presentaba de conocer al misterioso R. C. Porque si he de serle franco, — añadió — empiezo á creer seriamente en la existencia de ese personaje. Lo que siento es que se haga esperar más de lo justo... La verdad, señores, tengo apetito; — concluyó el director de la Asistencia Pública devorando con la vista la mesa, de la que aun se hallaban ausentes los manjares.

— Sí, sí, que se exhiba, que entre, que se le vea; — clamó á su vez Marcela Feraud, impaciente.

Frunció el Procurador imperial el entrecejo, y con acento enigmático, dijo á las mujeres:

— Por mí que se presente cuando quiera; pero una

vez aquí mírenlo ustedes bien, porque podría suceder que lo perdieran enseguida de vista.

— ¿Cree usted que se volverá á sus dominios? — preguntó la artista.

— No, — replicó Sinnamari con voz inquietante, — pero sí á los míos.

Prodújose en aquel momento gran estrépito á la puerta de la sala. Esta se abrió bruscamente y entró un hombre seguido de dos lacayos. Estos últimos se quedaron junto á la puerta.

— ¡Dixmer! — gritó Sinnamari.

El hombre que acababa de entrar era el mismo que poco antes, envuelto en su larga esclavina y con el sombrero calado hasta los ojos, daba órdenes á los oficiales.

Descubrióse casi maquinalmente, y empezó á hablar con voz entrecortada por la emoción.

— ¡Por fin!... Creí que no le encontraría á usted nunca, señor procurador... Bien hizo usted en darme el santo y seña... Pero la verdad, creí que esos malditos iban á estrangularme. — Es preciso que salgan ustedes de aquí, pero pronto, pronto... Esta cita no es más que una horrible emboscada, un lazo infame... ¿No le dije á usted que ese hombre es capaz de todo? Los chofers de la Villette, los leones de Montrouge, los titís de Pantin, los devastadores de Aubervilliers, todos, todos están á sus órdenes, los tiene á todos en un puño... ¡Y si no fuera más que eso! Yo no sé lo que va á ocurrir, pero de seguro será algo gordo. Mis hombres me han denunciado la presencia de todos los jefes de banda... Media hora hace que van y vienen entre la plaza del Príncipe Eugenio y el cementerio del

Padre-Lachaise... Eso quiere decir que sus tropas no deben andar muy lejos... Recuerde usted los anónimos, las amenazas de que le han hecho objeto...

— ¿Y qué? — preguntó Sinnamari, mirando orgullosamente á su subordinado.

Este continuó su monólogo:

— ¡Cuando pienso que ayer se burlaban de mí en la Prefectura!... Y si no llego á presentar pruebas innegables, cualquier día me encargan del servicio de orden... ¡Frescos estaríamos en este momento! Ese hombre es capaz de todo.

— Y usted, ¿es capaz de defendernos?

— No lo sé. Si estoy aquí es ni más ni menos que porque *ellos* han querido. Esta casa está minada por todas partes; nada tan fácil para ellos como cortar toda comunicación con el exterior. Entré con mis hombres decidido á todo; registramos desde la cava hasta el granero sin encontrar nada, sin dar con la pista de ustedes...

— ¿Pues cómo está usted aquí?

— Pues es muy sencillo. Hice salir de nuevo á mis hombres, me presenté solo á la puerta, é hice como usted: di el santo y seña. Entonces alguien se apoderó de mí en la obscuridad y me trajo hasta aquí. Pero ya hemos perdido demasiado tiempo... Señor procurador imperial, señoras y señores, yo no sé lo que va á pasar aquí, pero de seguro será algo gordo... Créanme ustedes, no les han citado aquí para divertirse... Salgan todos puesto que aun es tiempo...

— ¿Por dónde?

— Por las ventanas si no es posible salir por la puerta.

30442
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Una voz varonil, cálida, soberana, dejóse oir en aquel momento.

— ¡Sí, por la puerta!... ¡A la puerta ese imbécil!

Tres lacayos se apoderaron de Dixmer llevándoselo como una pluma.

El hombre que pronunciara la frase de expulsión, era un ser dotado de toda la fuerza, de toda la gracia, de todo el esplendor, de toda la majestad de la juventud. Inclinóse ante las dos mujeres maravilladas, y éstas no supieron articular una sola palabra para agradecerle las maravillosas flores que les presentaba en galante homenaje.

Todos los circunstantes comprendieron que se hallaban en presencia del rey Misterio : del rey de las Catacumbas.

Un maestro de ceremonias hizo su aparición, y ordenó con voz solemne.

— ¡El servicio del rey!...

VI

CONTINÚA LA HISTORIA DEL SEÑOR PRÓSPERO Y EL SEÑOR DIONISIO

Dejamos al señor Próspero y al señor Dionisio mano á mano en el saloncillo particular del *Conejo que fuma*, asombrados ambos de verse rodeados de cavadores que sentados en las mesas inmediatas les contemplaban en silencio.

Expliquemos esta invasión.

El apodado Temerario, de pie junto al mostrador, saboreaba lentamente un grog, después de haber procurado, sin conseguirlo, entablar conversación con el amo del establecimiento, quien le contestaba sólo con monosílabos.

Hubo un momento en que se abrió la puerta de la cocina y salió por ella, atravesando la sala, el mozo, portador de una cacerola de la que se escapaba apetitoso olorcillo de conejo en pepitoria.

— ¡Hola! — exclamó el Temerario. — Ahí va, si no me engaño, el conejo que humea.

El patrón se encogió de hombros, mientras el Temerario seguía con la vista los movimientos todos del mozo, aunque afectando la mayor indiferencia. Dijérase que se miraba al espejo, pero no era así; lo que pudo ver en la azogada luna fué cómo el dependiente corría hacia una puerta acristalada que comunicaba con el saloncillo de que hablamos antes, y llegado á ella abríala con una llave, desaparecía, y regresaba un instante después, sin la cacerola, cerrando de nuevo la puerta misteriosa antes de desaparecer en la cocina.

Algunas cuchufletas que se oían en la sala fueron causa de que el Temerario se volviese, y su mirada se cruzó en aquel momento con la de un joven de elevada estatura cuyo cuello de toro aparecía ceñido por un pañuelo encarnado. Este atleta, que podía contar hasta veinte años, llamaba la atención, más aún que por su poderosa musculatura, por su perfil, verdaderamente extraño, feroz, formidable. Su nariz, más que nariz humana, parecía el pico corvo de un ave de rapiña : y sobre ella, ¡cosa singular! dos admirables ojos de un azul purísimo, daban singular aspecto á la fisonomía del extraño individuo. Aquel hombre-buitre, medio acostado en un banco, jugaba perezosamente á los dados con un amigote cuya cara, descarnada hasta lo inverosímil, surcaban arrugas tan profundas que hubiérase dicho pintadas con un pincel.

— Tú tiras, Pata de gallo, — dijo pasando á su contrincante el cubilete.

Cuatro cavadores de hercúleas formas contemplaban en silencio la melancólica partida. En otras dos mesas pequeñas, cubiertas con viejísimos tapetes

de hule, una media docena de consumidores fumaban y charlaban en voz alta. El Temerario, á favor del espejo, observaba la puerta entreabierta de la cocina á través de la cual se veía á veces á la cocinera ir y venir muy ocupada en torno á sus fogones.

En la última mesa, que casi tocaba con la puerta acristalada del saloncillo, un cliente de buena apariencia saboreaba el café puro que le sirvieran poco antes.

Debía conocer al patrón, porque dirigiéndose á él hubo de exclamar al ver que el mozo cerraba la puerta del saloncillo en que cenaban los misteriosos parroquianos :

— ¿Cómo es eso, señor Martín; ha hecho usted construir gabinetes particulares? Que sea para bien.

El dueño del establecimiento, poco locuaz, contestó con un gruñido. Y como esta respuesta no debió satisfacer al curioso preguntón, éste se levantó de pronto, y dirigiéndose á la puerta misteriosa levantó la cortina de cretona que ocultaba el cristal y miró al interior del saloncillo sin que el señor Martín tuviera tiempo de impedírselo.

— ¡Carambita! — dijo con aire de zumba — parroquianos de levita y sombrero de copa .. ¡Pues no es nada lo del ojo!

Llegóse á él el amo con tal precipitación que dijérase se disponía á comérselo vivo; pero el curioso, que había sin duda reconocido á los ocupantes del saloncillo, perdido el tonillo zumbón, pálido y tembloroso, dijo señalando la puerta con el dedo :

— Pero... señor Martín... ¿Qué es eso?... ¿Son los ayudantes del verdugo, verdad?

Y sin esperar siquiera la contestación pagó el gasto hecho y se apresuró á salir del antro.

— ¡Vaya un imbécil! — exclamó el Temerario; — ¡cómo si no hubiesen de comer por ser ayudantes del verdugo!

Un observador atento habríase tal vez sorprendido de que el anuncio de la presencia en el establecimiento de los ayudantes del verdugo no provocase curiosidad ni el menor síntoma de sorpresa entre los parroquianos y consumidores. Estos continuaban hablando con tranquilidad que hacíase un tanto sospechosa; y como todos ponían empeño en parecer distraídos, el amo acabó por percatarse de la cosa. Pero en el momento mismo en que comenzaban sus sospechas, el hombre del pañuelo colorado y del perfil de ave de rapiña, después de cambiar rápida mirada con el Temerario, golpeó brutalmente la mesa con el cubilete de los dados y exclamó con voz avinada:

— Bueno, ¿y qué? Que he perdido... Patrón, venga una botella de lo bueno; de lo mejor que haya en la bodega.

— ¿Una de ochenta céntimos? — preguntó el señor Martín, quien parecía recobrar el uso de la palabra ante la perspectiva de la venta.

— He dicho de lo mejor que haya en la bodega.

— Es que tengo botella de á tres francos...

— Pues una de esas.

— ¡Francisco! Tráete una botella de las de etiqueta verde para estos señores.

El mozo explicó que era preciso buscarla en la cava.

— Bueno, pues enciende el farol y abre la trampa.

— Pero es que no sé dónde están... ¡Esas las saca siempre usted!...

— Puede que sí; pero lo que es hoy no bajo; estoy cansado. Conque á ver si te despachas... Están en el fondo, á la derecha; la tercera división...

Fué el mozo á la cava y de ella volvió con lo que se le había pedido. Un momento después llenaba los vasos de los consumidores, mientras otros parroquianos se disponían, al parecer, á abandonar el establecimiento. Detenidos por la invitación que se les hizo de apurar una última copa rodearon el mostrador. El señor Martín, á instancias del Buitre, el hombre del pañuelo colorado, se disponía también á beber con ellos, cuando se vió acometido, amordazado y tendido en el suelo sin que hubiera podido darse cuenta de cómo la cosa había pasado. En cambio pudo ver que su dependiente sufría la misma suerte que él. Y como la trampa hubo de quedar abierta, hacia ella volvía sus ojos angustiados el infeliz tabernero.

Colocados uno al lado del otro el amo y el mozo, y atados ambos en forma que todo movimiento les era imposible, Pata de gallo y el Temerario se acercaron á la puerta de la cocina, dando en ella un ligero golpe que quedó sin respuesta. Repitieron la llamada, y en el umbral apareció la cocinera, es decir, la propia esposa del señor Martín, á la que el terror paralizó todos sus miembros en cuanto hubo visto á su marido y á su dependiente, tendidos en el suelo, atados y amordazados, y ¡quién sabe! tal vez muertos.

Un segundo después corría ella la misma suerte; luego los cavadores tomaron entre sus manos hercúleas los tres cuerpos, los levantaron con facilidad pas-

mosa, y llevándolos á la entrada de la trampa los deslizaron suavemente en el antro obscuro en el que dormían su sueño falsificado las botellas de etiqueta verde, cerrando enseguida la entrada del mismo.

En aquel momento oyóse fuera un silbido cuya prolongada estridencia llamó la atención del Temerario, quien disponíase á hacer uso de la llave del saloncillo, por él tomada poco antes en uno de los bolsillos del mozo.

— ¡Silencio! — dijo. — Los guindillas...

Oíase rumor de pasos que se acercaban cada vez más.

El hombre de cuello de toro y perfil de ave de rapiña, dijo con gran calma:

— Vosotros, titis, guardad la puerta. Si entra un guardia ó un desconocido cualquiera, encargaos de él, pero sin moveros de esta sala. Á mí, los leones.

Los cavadores se apresuraron á rodearle; pero él añadió:

— No, todavía no; aun tenemos cinco minutos para divertirnos. ¿Dónde se ha metido mi sastre?

El Temerario se abrió paso.

— Presente.

— Vengan los trapos.

Tomó el Temerario el paquete de que ya se hizo mención, y metódicamente fué retirando uno por uno los alfileres que cerraban la tela verde. Y cuando estaba ocupado en tal operación abrióse la puerta de la calle, por lo que los titís se aprestaron á dar un mal rato al imprudente que iba sin duda á franquearla. Era una mujer, desnuda la cabeza, que agitaba triunfalmente una sombrerera.

— ¡Soy yo; la modista de sombreros! — dijo la recién llegada.

— A punto llegas, Regordeta, — exclamó el Temerario; — podemos pasar enseguida al tocador.

. . . . . .

Volvamos ahora al saloncillo reservado, en el que el señor Próspero y el señor Dionisio debían ver singularmente perturbada su plácida digestión.

Ya hablamos de la llegada de los cavadores, de su actitud extraña y de su silencio impresionante, que lo era en verdad tanto que ambos comensales perdieron como por milagro el apetito. El queso habíaseles atragantado. El señor Próspero miraba á su amigo, y el señor Dionisio contemplaba al señor Próspero, pero ni uno ni otro decían una palabra. De pronto, uno de los cavadores exclamó en voz alta:

— La verdad es que da asco ver comer á los funcionarios.

Una seña discreta hecha por el señor Próspero fué comprendida por su compañero. Levantáronse ambos y calándose los sombreros trataron de esquivarse con toda la posible dignidad hacia la puerta de salida, que daba directamente á la parte trasera del pasaje de la Folie Regnault.

Dicha puerta era acristalada. Al ir á abrirla ambos compañeros pudieron ver perfectamente á través de los cristales, dos hombres que les miraban fijamente, vestidos de negro, con sombreros de copa, y que se les parecían como si fuesen sus propios hermanos gemelos.

Al principio creyeron en un efecto de reflexión; pero no tardaron en convencerse de que se equivoca-

ban. Avanzaron los dos hombres negros, y llenos de pavor, Próspero y Dionisio que no alcanzaban á explicarse aquella aparición milagrosa, trataron de volver hacia atrás para salir por la puerta principal. Los cavadores se lo impidieron. Sujetos, atados y amordazados en menos tiempo del que se necesita para decirlo, acompañaban poco después, en el fondo húmedo de la bodega, al señor Martín, á su digna esposa y al dependiente del establecimiento.

Los falsos ayudantes del verdugo, que no eran otros que el Buitre y Pata de gallo, disfrazados, salieron del *Conejo que fuma* por la parte de atrás, por el pasaje, y llegados que fueron á la calle de la Folie Regnault la encontraron cortada por una fila de soldados de infantería que custodiaban la guillotina.

Pasaron sin que nadie les opusiera la menor dificultad, y ya rebasada la línea de tropa pudieron oir cómo un sargento decía en voz alta :

— Son los ayudantes del verdugo.

— ¡La cosa marcha! — dijo el Buitre á Pata de gallo.

— Sí, capitán, — contestó éste.

— Llámame Próspero, señor Próspero, como quieras; yo te llamaré Dionisio.

Pata de gallo hablaba al Buitre con cierto respeto, y oyéndole hablar comprendíase enseguida que este último ocupaba un lugar de preferencia en la formidable asociación á la cabeza de la cual hallábase R. C.

No obstante lo riguroso de la temperatura el Buitre llevaba el abrigo al brazo; pero en cambio, por temor al frío sin duda, abrigaba el cuello y la parte inferior de su cara con espesa bufanda de lana negra. Y como

por otra parte hubo de tomar la precaución de inclinar el sombrero hacia adelante, sólo quedaba visible de su cara, los ojos y la parte superior de la nariz, lo cual era más que suficiente para que pudiera confundirle muy bien con el señor Próspero cualquiera que conociese á éste, y que, como el señor Hendrick, ejecutor de altas obras de Su Majestad, padeciese de pronunciada miopia.

El Buitre hallábase por otra parte perfectamente decidido á evitar, en cuanto le fuese posible hacerlo, el hallarse cara á cara con el verdugo, cosa tanto más posible cuanto que el trabajo que le estaba encomendado era de los que se practican en poco tiempo y, en el caso especial de que se trata, en silencio y de espaldas al verdugo.

Tanto el Buitre como Pata de gallo hubieron de sorprenderse no poco cuando al desembocar en la plaza de la Roqueta percibieron claramente el ruido de fuertes martillazos. ¿Estaría aún sin ultimar el montaje de la guillotina?

Por lo que pudiera ocurrir, el Buitre dijo así á su compañero :

— Pasa tú delante; si hay que pedir explicaciones, las pides, y si es preciso hablar al verdugo le hablas... Tú eres el señor Dionisio, no lo olvides, y como esta es la primera vez que asistes á una ejecución, el verdugo no puede extrañarse si andas algo torpe. Además, él no te ha visto, mejor dicho, no ha visto al señor Dionisio más que dos veces; una en su casa, y otra hace poco, en plena noche al montar la guillotina. Conque anda; ¡ánimo! Y sobre todo, mucho ojo. Prodígate tú cuanto puedas á fin de que yo

no tenga necesidad de hablar á ese hombre...

— Comprendido.

— ¿Tienes tu revólver?

— Preparado.

— Bueno. Pero no te sirvas de él, en caso necesario, sin que yo te lo indique sea como fuere : tal vez con una mirada. Pero no sé por qué me da el corazón que no tendremos necesidad de acudir á ese recurso... ¡Ah! No olvides que el Amo va á ver cómo trabajas.

— Tanto mejor. El amo quedará satisfecho.

Callaron ambos, y atravesando la plaza pasaron por detrás del furgón destinado á conducir la siniestra máquina, y penetraron tranquilamente en el círculo formado por los gendarmes, soldados y guardias de seguridad, aprovechando el Buitre este momento para asegurarse de que el servicio de orden se hallaba dispuesto como Dixmer lo dijera, es decir, situadas las fuerzas en torno del cadalso, y en las partes alta y baja de la calle de la Roqueta. Un cordón formado por unos quince hombres cerraba la calle de la Vacquerie en la esquina de la cárcel; los agentes rodeaban la guillotina en buen número, pero había muchos menos hacia la puerta de la cárcel, á la derecha de la cual sólo había tres soldados á regular distancia uno de otro.

Seguían resonando lúgubremente los martillazos que llamaron la atención de los dos compadres. El hombre que clavaba algo en uno de los pies del cadalso se incorporó é hizo una seña al ver que se acercaban sus ayudantes. El Buitre y Pata de gallo se le acercaron sin la menor vacilación.

Aquel hombre era el verdugo.

Bajó pausadamente la escalerilla del cadalso, llevando en una de sus manos una masa al parecer muy pesada, y un nivel de agua en la otra, y fué á unirse con sus ayudantes que avanzaban hacia él.

— No es nada; — les dijo. — No estaba la maldita bien de aplomo... Otra vez, no olviden ustedes llamarme antes de que se vayan á cenar... Pero vamos á ver, Dionisio, añadió con ironía macabra, — ¿se siente usted más á plomo de lo que lo estaba *la viuda* hace un momento?

— ¡Vaya, sí señor! Completamente de á plomo.

El verdugo fijó con insistencia la vista en Pata de gallo, y tanto éste como el Buitre comprendieron que le había extrañado la voz del primero. El instante era crítico, decisivo para ellos... Afortunadamente la noche continuaba obscura, rompiendo apenas el espesor de las tinieblas la luz oscilante é indecisa de los reverberos.

Hubo un instante de silencio. El verdugo se encogió de hombros y añadió enseguida :

— Después de todo la cosa no tiene nada de particular... Se acostumbra uno enseguida.

Dejó la masa pesada al lado del cadalso, y en la balaustrada de este el nivel de agua, y consultó su reloj.

— Vamos allá, — dijo; — es la hora.

Y los tres hombres marcharon hacia la puerta de la cárcel.